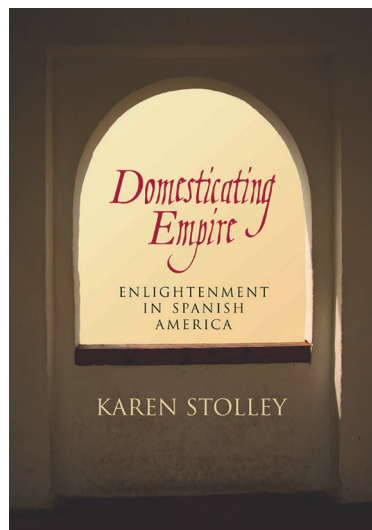


Karen STOLLEY, *Domesticating Empire. Enlightenment in Spanish America*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2013, 283 págs.

La Ilustración fue, en esencia, un período global que hizo uso de la razón y la duda, que se guió por la consciencia crítica y la «salida del hombre del estado de irresponsabilidad del que él mismo es culpable» según la traducción que hace el filósofo ecuatoriano Bolívar Echeverría de *Mündigkeit* que es el término que acuñó Kant, y que veía la imagen ideal del hombre en un ser independiente, guiado por la razón y siendo un individuo comprometido con su comunidad. La Ilustración fue una revisión del conocimiento del mundo y al mismo tiempo una producción de conocimiento que fue aprobada/autorizada por el sujeto (cogito cartesiano), al mismo tiempo que este producía tal conocimiento.



El recentramiento epistémico del hombre según el cual «los objetos se orientan según sus (re-) conocimientos», según el *dictum* de Kant, marcaba al hombre en realidad como la medida del mundo. La manera adecuada de ordenar conocimiento y de buscar la verdad y establecer estándares en el siglo XVIII residía —según el paradigma específico que difundió la ilustración europea— en la habilidad de aprender y emplear correctamente las cualidades de la razón. La Ilustración se convirtió de esa manera en la primera mirada abstracta y des-corporalizada sobre el mundo. Este nuevo paradigma del conocimiento fue el inicio de una nueva era y es aun actualmente el criterio distintivo de la modernidad. En el caso de América Latina, el pensamiento de su Ilustración fue un factor crucial para la compleja reconfiguración como continente independiente de las antiguas colonias españolas y está intrínsecamente relacionado con un proceso de gran transcendencia histórica: la primera ola de decolonización a nivel mundial. Según el sociólogo peruano Aníbal Quijano las relaciones entre las zonas centrales y periféricas en el sistema-mundo de circulación de conocimiento crean un «sujeto colonial», es decir, un individuo con un marco mental particular, y a este «patrón de dominación global propio del sistema-mundo moderno /capitalista originado con el colonialismo europeo a principios del siglo XVI», llamó «colonialidad del poder». Según Mignolo, para Quijano «la colonialidad es constitu-

tiva de la modernidad». Y según el filósofo colombiano Santiago Castro-Gómez son las nociones de «raza» y de «cultura» las que operan como un dispositivo taxonómico que genera identidades opuestas, donde el colonizado ocupa el lugar «otro de la razón», lo cual justifica por parte del colonizador tanto el ejercicio de una violencia material como mental. El problema crucial de la Ilustración americana residía en el hecho concreto de que el pensamiento y la literatura dieciochesca americana tenían que desprenderse de la inconsciente internalización de las estructuras cognitivas y epistémicas de los colonizadores, es decir, de los europeos. Es en esa línea de investigación, que logra velar esas estructuras impuestas del análisis y revelar las estructuras de pensamiento autónomas de la literatura americana del siglo XVIII, que se inscribe el excelente estudio de Karen Stolley *Domesticating Empire. Enlightenment in Spanish America* (2013).

La literatura del siglo XVIII latinoamericano sigue siendo aún un «no-man's land» (pág. 2) según Stolley y se convierte, según la tesis principal del libro, en un mecanismo renitente al ordenamiento del mundo que imponía tanto el imperio borbónico como los territorios en las Américas y a la vez es el modo de pensar «a different kind of storytelling, one that I call a 'discourse of domestication'». (pág. 2) Al interior de esa configuración de ideas se encuentra lo que Stolley ubica como un «mayor enfoque de los autores dieciochescos americanos con la audiencia local, y a la vez un acercamiento pragmático a una América que ellos consideraban en creciente grado como suya (sin importar si habían nacido en la misma)» (pág. 3). Stolley devela con su estudio, y esta es una aserción muy fecunda para los estudios sobre el siglo XVIII americano, que los criollos del siglo XIX tenían que borrar al criollo del siglo XVIII, que ella denomina «criollo apprenticeship» (pág. 3) y así ocultar los orígenes de la domesticación que llevaron más adelante a la independencia. La domesticación es precisamente para Stolley un término adecuado porque según ella, en el siglo XVIII domesticar implica también domar (pág. 3) y domar significa domar las representaciones, las imágenes y los paradigmas que se habían venido produciendo sobre América Latina como exótica y maravillosa, y que son reelaboradas por los escritores dieciochescos americanos hacia algo más «familiar and, at least potentially, utilitarian» (pág. 3). Este hecho es el que también descalificó a estos textos en su ingreso a la canonización dentro de los discursos de la historia cultural y literaria. Cabe resaltar aquí que estos discursos son precisamente discursos catalogadores pues parten de una división epistémica del mundo, donde lo otro de la razón —que se presupone en la parte de la humanidad que reside en América— justifica su domesticación material, cognitiva y epistémica por parte de aquellos que consideran «poseer» la clave de la humanidad basada en el uso libre o profano de la razón, y que además les otorga «el convencimiento de que esta humanidad ha

sido dotada del poder de subyugar a las otras humanidades por las buenas o por las malas» como afirma certeramente Bolívar Echeverría. Es por esto que Stolley se equivoca en este aspecto cuando postula que la domesticación reside precisamente en que «la escritura dieciochesca de América está en mayor consonancia con los paradigmas de la Ilustración europea de lo que se ha querido reconocer hasta ahora» (pág. 3). La ausencia de los textos dieciochescos del canon de la literatura latinoamericana no se debe a su «consonancia» con ese paradigma, que si bien es cierto, deslegitimaría todo el proyecto del progreso eurocéntrico sino precisamente en el hecho de que la Ilustración americana tempranamente, es decir ya en el siglo XVIII, se dio cuenta de que parafraseando a Walter Benjamin «la barbarie del proyecto ilustrado eurocéntrico no es una interrupción del paradigma del progreso “utilitario” (que Stolley evoca) sino el resultado de su despliegue más pleno». La contradicción de este proyecto está precisamente en el hecho de que la decadencia de su principio civilizatorio, como dirá nuevamente Bolívar Echeverría lúcidamente, no es la razón de su barbarie sino todo lo contrario, se trata de la manifestación más plena de ese principio. Por ello los tópicos claves que Stolley devela con su estudio (*Indians, nature, God and gold*) son paradigmáticos de la disputa que entabló la Ilustración americana con todas esas *Denkfiguren*, estas figuras del pensamiento dieciochesco americano, y que son contestadas desde una reconfiguración propia y demuestran las ambivalencias inherentes al proyecto civilizatorio de la Ilustración europea.

Stolley se enfoca, y este es un aspecto verdaderamente valioso, en textos provenientes de lugares periféricos de la América dieciochesca, tales como Venezuela con la *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela* (1723) de José de Oviedo y Baños, el *Compendio de la historia civil del reyno de Chile* (1795) de Ignacio Molina, los escritos del rioplatense Félix de Azara de finales del siglo XVIII, los *Secretos entre el alma y Dios* (1758-1760) de la monja quiteña Catalina de Jesus Herrera y la *Llave del Nuevo Mundo* (1761) del cubano Félix de Arrate. Stolley discute preliminarmente el difícil acceso metódico a los textos dieciochescos americanos por medio de una periodización cronológica, una discusión sobre la identidad autorial criolla de los textos y retoma el término acuñado por Yolanda Martínez San Miguel de la «episteme of ambivalence» (pág. 6) que define a estos autores. Aquí me gustaría añadir una conceptualización propia para entender lo que puede significar esta ambivalente episteme americana. En líneas generales estoy de acuerdo con la «inbetweenness» que postula Stolley. Se podría definir de manera más precisa a la Ilustración latinoamericana como un proceso de donación de forma de los escritores dieciochescos americanos: de la base cultural de América Latina, de la ilustración europea y de una proto-mezcla de la ilustración europea tanto como la americana como

*substantia* y ya la ilustración propiamente ilustrada en América Latina como una donación de forma de todos estos elementos. La diferencia no estaría solo en la distinta cualidad de los textos sino también en una estructura histórica diferente, que no es menor a la europea sino diferente. Creo que Stolley estaría de acuerdo con esto pues ella también postula que su estudio de estas obras le ha revelado que los autores «articulate a domestication of empire that involves an ongoing process of critical thinking about the historical momento in which they are writing» (pág. 7). Stolley precisa su concepto de domesticación del imperio afirmando que se trata de una rearticulación domadora de los «imperial concerns», a saber: «conquest, Amerindians, nature, religión, and economics» (pág. 8) es decir, todos los elementos constitutivos de la colonialidad del poder. Sin embargo para Stolley la ilegibilidad de la literatura dieciochesca radica precisamente en que es una alternativa al binarismo entre modelos de centro/periferia o colonialidad/modernidad porque se trata de expresiones literarias que son «open-ended, contradictory, and [with an] continually negotiated nature of its discursive formulations» (pág. 9). Entre la literatura de los siglos XVI y XVII y la literatura decimonónica de la fase de la independencia, la literatura americana dieciochesca ocupa un lugar que se ha resistido a la lectura, para Stolley precisamente porque no responde a ninguno de los dos esquemas, «neither the discovery model nor the imperial one, neither the colonial nor the poscolonial». Se trata de cerrar un «epistemological gap» (pág. 9) entre conquista e independencia. Cabe recalcar aquí los postulados de la teoría decolonial para la cual la modernidad es colonial y la colonia es moderna. Es decir, la teoría decolonial replantea la cuestión de la poscolonialidad y la califica como posición simplificadora de la estructura que está de fondo en el sistema-mundo del capital y de la colonización epistémica a nivel mundial. Aquí es donde radica a nuestro modo de ver el error teórico de Stolley: para ella la domesticación del imperio es proponer un desplazamiento del paradigma epistemológico que está caracterizado por ser «a localized and pragmatic internalization of metropolitan discourse» (pág. 9), un movimiento «domador» del proyecto civilizador de la Ilustración europea que se veía en el derecho de subyugar a otras humanidades, de las cuales descalificaba su producción de conocimiento. Precisamente esa internalización (consciente y en muchos casos inconsciente) del horizonte epistémico y cognitivo de los colonizadores es de lo que la Ilustración americana se quiere desprender por medio de su reconfiguración literaria. Así la escritura dieciochesca americana aparece históricamente en el momento en que la base cultural sufre un desajuste violento (el del reemplazo de la distintas formas seculares de producción de conocimiento) por parte del proyecto civilizatorio-impositivo de la ilustración utilitaria y racionalizadora europea y esta se da a través de la palabra

iridiscente, se trata de volver a la metáfora como iridiscencia, a la multivocidad de la palabra (Murena), se vuelve a la «poesía [que] acepta la multivocidad de cada palabra, acepta la imprecisa índole humana», se trata de volver a reconfigurar la reciprocidad del ser humano con los otros en su concreción como humano, se trata de emplear las palabras que no se subordinan a la razón, que es posterior a la generación de las palabras como figuras de pensamiento humanas. Los análisis de los capítulos nos parecen sumamente logrados aunque tengamos este disenso horizontal con los postulados teóricos del libro de Stolley.

Así en el capítulo 1 se destaca el rol de la escritura historiográfica en el denominado «nation building» (pág. 13), un rol que múltiples veces es pasado por alto, según Stolley. Los binomios entre los que se mueve inteligentemente el análisis de Stolley son los de conquista y población, con respecto al texto de Oviedo y Baños se trata de la superación de la fase de la Conquista que es representada por Oviedo y Baños, y que para los criollos del siglo XVIII significa una renegociación importante de la interpretación histórica para su emergente identidad criolla. En palabras de Stolley se trata de la domesticación de la conquista como maniobra historiográfica que desplaza el enfoque del proyecto peninsular de creación de un imperio hacia un proyecto de población o asentamiento y gobierno, reescribiendo la narrativa anterior triunfalista y providencialista (pág. 15). A pesar de que el análisis del texto de Oviedo y Baños es convincente queda siempre la duda si el vocablo domesticar rompe realmente con el binomio civilización y barbarie a pesar de que se lo invierte en este texto, como sugiere Stolley (pág. 25). Hay una lograda analogía con la *Brevísima relación* del Padre De las Casas que le otorga a la interpretación de la *Historia* de Oviedo y Baños una legitimidad histórica en la lucha contra los estereotipos fijos que se imponen a la población amerindia y la deslegitimación del proyecto evangelizador europeo (pág. 30). Este tópico de una representación de la conquista diferente aparece de manera más clara en los pasajes en los que Oviedo y Baños relata las negociaciones entre Diego de Losada y los indígenas, lo cual muestra la «awareness of the complex nature of Indian-Spanish relations» (pág. 42).

El capítulo 2 se ocupa del *Compendio* (1795) de Juan Ignacio Molina y especialmente del paradójico movimiento de reclamar territorio para los Araucanos por medio de su domesticación (pág. 50). El jesuita Molina aplica una estrategia muy común entre los jesuitas que intentaban en el siglo XVIII realzar el estatus civilizatorio de las culturas indígenas americanas: en la línea genealógica lascasiana se comparaba muchas de las civilizaciones indígenas con las civilizaciones clásicas de Grecia y Roma (pág. 53) así como también en la revaloración de sus sistemas escriturales diferentes a los occidentales, tales como los quipus o la escritura sobre materialidades diversas como el cuerpo, las

telas, etc. Así también Stolley analiza el lenguaje hablado de los Araucanos y lo destaca como un elemento efectivo para ejercer gobierno no solo en el pasado sino también como un sistema que se desenvuelve hacia el futuro (pág. 72). Esta capacidad cultural se institucionaliza en los denominados *Parlamentos*, donde se demuestra la capacidad para el pensamiento racional y deliberado (pág. 80). Lo que logra Molina, según Stolley, es una tarea difícil, la de introducir a los Araucanos con su forma específica de producir conocimiento y consenso por medio de la oralidad y los parlamentos, que postulan un yo plural con capacidad de toma de decisiones políticas en el presente y futuro —contrario a lo que postularía Carl Schmitt, para quien solo el soberano individual es sobre quien reside la capacidad de la toma de decisión en estados de excepción y por lo tanto núcleo de lo político—. En Molina se presenta una colectividad que es capaz de una toma de decisión política porque está basada en otra configuración cultural y cognitiva. Y a la vez «relegate the Araucanians to the space of history (that is, to the past)». Aquí este movimiento doble no se diferencia en nada de la estrategia de invisibilización utilitaria que aplican los criollos independentistas a inicios del siglo XIX.

En el tercer capítulo Stolley analiza la «domesticación ilustrada» de la naturaleza en los textos que se pueden subsumir bajo el título *Viajes por América* de Félix de Azara. Stolley empieza su análisis con una observación aparentemente nimia pero que en realidad revela el cambio en el sujeto escritural de América. Se trata de que las observaciones de la naturaleza por parte de Azara llevan múltiples veces el pronombre posesivo: «mis pájaros, mis cuadrúpedos» (pág. 89). Azara es según Stolley un sujeto criollo híbrido que «está definido más epistemológicamente que racial o étnicamente» (pág. 90). Una de las cuestiones principales de sus escritos es, como afirma Stolley, la pregunta por la captación de toda la información sobre el continente americano. Se podría decir que Azara asume la posición de «knowledge manager» de los distintos datos nuevos que descubre, de modo que impone la experiencia empírica a la tradición de la hegemonía de los libros clásicos. Establece así una nueva base textual para el futuro y para la producción de conocimiento desde América Latina. Según Stolley cuando Azara habla de «sus» pájaros «the possessive marks his own domestication as much as that of his specimens» (pág. 98). Se refiere a que el científico Azara no actúa con un interés de «apropiación imperial» como el de la Corona, sino con un interés personal, individual, del que parte una subjetividad menos sujeta al sujetamiento real. El episodio que relata Stolley, en el que Azara intenta compartir con su colega aragonés Alós información es decidor de la asimetría que rige a la hora de producir conocimiento. Todo lo que viene de América es menospreciado y la envidia de su colega español lleva a que un mapa de la ciudad de Asunción

por el cual Azara es premiado, sea secretamente retirado de los archivos municipales. Azara es al momento de defenderse además acusado de la traición con los portugueses, lo que demuestra el riesgo a que se exponía como científico híbrido criollo. Otro episodio interesante es el que relata Stolley con respecto a la espera de la llegada de los portugueses para un tratado de fronteras en el *hinterland* paraguayo, a la que estaba expuesto Azara. Podría decirse que Azara es como el coronel garciamarquino, un coronel que no tiene quien le atienda. Al final del capítulo se relaciona a Azara con Darwin y Sarmiento, un aspecto que resulta tentativamente fructífero para futuras investigaciones: la cuestión de ¿hasta qué punto fósiles de las pampas argentinas le sirvieron a Darwin para su teoría de la evolución?, algo que Sarmiento retoma también para declarar que en la Pampa se encuentra un tipo humano que tiene que ser superado evolutivamente: el gaucho. Stolley señala que Azara sirvió de fuente a Darwin, quien reconocía la producción de conocimiento del criollo. Así pues, Azara supera la *hybris* del punto cero que ha señalado Santiago Castro-Gómez porque nunca se convierte en una plataforma de observación no observada, sino que finalmente cumple la tarea científica del proyecto civilizador-ilustrado europeo: en ese sentido trágico, Azara es psicóticamente hegemónico pues sus textos siempre están «motivated by a desire to support and foment an imperial Project» (pág. 112).

El cuarto capítulo es quizá el capítulo más impresionante de este estudio pues presenta a una voz femenina dieciochesca americana que destaca por su construcción de una subjetividad local que «domesticates the tumult (alboroto) of life» (pág. 115) en un espacio conventual religioso-urbano. *Los secretos entre el alma y Dios* (1758-1760) de la monja Catalina de Jesús y Herrera recibieron por parte de sus primeros editores reprobaciones de orden moral que según Stolley son indicio de que el texto «mediates between the two master narratives of religion and nation» (pág. 117) construyendo así una comunidad imaginada alrededor del convento en el Quito del siglo XVIII. Lo que la monja Catalina de Jesús y Herrera busca es una legitimación divina, una legitimación de la santidad de su convento que se pueda conjugar con la construcción de un yo autorial (pág. 125). A la vez se trata de la construcción de un yo espiritual que se edifica de manera autónoma y alejada del patriarcado religioso, que está representado en el texto a través de los confesores de las monjas. Así Catalina de Jesús y Herrera adquiere un poder especial, una capacidad mística de «interpret [mystical visions] and record them, thus shifting the focus from the contemplation of a somatic visionary experience to an active intellectual process» (pág. 126). Este movimiento de la monja letrada Stolley lo revisita con gran detalle en el lenguaje y sus locuciones llamativas así como a nivel discursivo con sus tácticas escriturales de legitimación narrativa que la empoderan como visionaria en

asuntos religiosos. El clímax de su empoderamiento narrativo y epistemológico como un «yo» femenino, religioso y femenino se da cuando a Catalina de Jesús y Herrera varios anuncios milagrosos le llevan a encontrar en el fondo de su convento los restos fúnebres de Sor Juana Inés de la Cruz, figura estelar en el cosmos místico americano y que ya en el siglo XVIII goza de fama continental. Son estos restos corporales los que le otorgan al convento y a Catalina de Jesús y Herrera la legitimación y la autonomía del centro que necesita para configurarse como sujeto escritural autorizado, o como magistralmente lo describe Stolley. «Herrera articulates a strategy for the vindication of her own narrative authority at the same time that she consolidates the spiritual and institutional authority of the religious order and convent she has chosen» (pág. 133).

El último capítulo, quizá el menos convincente, intenta demostrar la domesticación del oro en el texto *Llave del Nuevo Mundo* (1761) de José Martín Félix de Arrate. En general Stolley afirma que aquí se da un desplazamiento del interés por el oro y la plata hacia una amplia gama de otros metales, con énfasis en nuevas técnicas científicas tales como el amalgamiento y su relación con las reformas económicas borbónicas del siglo XVIII. Lo que tiene lugar aquí desde una perspectiva económica es en realidad la diversificación del mercado minero en el sistema capitalista mundial cuyo ímpetu es recibir beneméritos para el autor por parte del rey, a quien le relata el aporte que la ciudad de Habana ha otorgado a la corona, no solo en lo material sino también en la defensa de la isla de las agresiones militares de los ingleses. La creciente circulación de monedas no implica realmente un cambio estructural masivo, ya que hasta mediados del siglo XX, gran parte de la población americana rural estaba excluida del sistema monetario de circulación de capitales monetarios, de modo que su inserción en el mercado moderno es un fenómeno de los últimos 70 años.

Quisiera terminar con dos conclusiones de este valioso estudio. En primer lugar Stolley afirma que Latinoamérica no solo recibió una producción de conocimiento sino que produjo por su lado también conocimientos híbridos y autónomos (pág. 177), fruto del intercambio multilateral que tuvo lugar en toda América Latina: se trata pues, como diría Santiago Castro-Gómez de una ilustración entendida como un fenómeno en circulación mundial. Por otro lado -y en este punto difiero fundamentalmente en ver aquí un elemento ilustrado de la literatura dieciochesca americana- concluyo con palabras de la autora misma «[t]he new criollo subjectivity that emerges in the eighteenth century is epistemologically hybrid, manifesting itself as the localized internalization of dominant discourse» (pág. 178).

FERNANDO NINA